EN LA VELADA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR SILVA.

Ilmo. Señor:

Señores:

HEMOS aquí congregados con motivo de una de las más legítimas satisfacciones que pueden llenar el corazón humano; estamos gozosos los que, al dictado de amigos, reunimos el meritísimo título de discípulos del Ilmo. Sr. Silva: traemos una ofrenda grata y sencilla, á quien nos dió la mano, nos prestó su apoyo, nos alumbró los comienzos del camino de la vida, de aquel camino que nos debía conducir á la prosperidad de una posición social adquirida por el trabajo y vislumbrada en las rudas luchas de la inteligencia.... somos los peones guerreros de aquel caudillo que empuñó ante nosotros la bandera de colores luminosos en que se leía con caracteres de fuego, de aquel fuego que guiaba á un pueblo por el desierto, la palabra "ADELANTE;" somos los que recibimos la hipnótica sujestión del talento y de la voluntad enérgica, para buscar la redención de nuestras obscurecidas inteligencias en los senderos infinitos de la verdad y del bien filosóficos y morales; somos los agradecidos beneficiarios que entraron en posesión de la pingüe herencia ofrecida como galardón del trabajo, al obscuro nebrísense de ayer, y ese galardón es el título profesional que ahora mostramos con noble satisfacción.

Somos los que tenemos el indisputable derecho de agruparnos en torno del maestro para sentir con él sus propias satisfacciones, en el vigésimo-quinto aniversario de su unción sacerdotal; de esa fecha en que se filió al gremio de los pastores de la grey de Cristo y en que abrazó una misión toda virtud y caridad, consagrándose á esa vida de abnegación que encendió en el amor al prójimo aquellas antorchas que aún alumbran al mundo con los nombres de los Agustinos, los Crisóstomos y los Bernardos.

La conmemoración, señores, de la fecha en que el hombre cambia su estado social por un modo de ser excepcional, para convertirse en el brazo de una Providencia de las calamidades humanas, remediadas ó curadas por la caridad; para ser el guardian fiel de la doctrina purísima que salvó al mundo con la predicación de la buena nueva; para ser el amigo desinteresado de todos los que sufren, el consuelo de los que desesperan, el consejero de los que yerran, el apoyo fuerte y robusto de los que vacilan y dudan, y el padre espiritual de un rebaño numeroso; es lo que nos trae aquí, es lo que nos congrega para decir al apostol meritísimo: bendito seas, guárdete Dios la vida por largos años, recibe nuestros parabienes y que tu espíritu levantado reciba nuestras salutaciones, como el aroma purísimo de las flores que te ofrecen mil corazones agradecidos de tus discípulos y de tus amigos.

No puede ser más glorioso este aniversario, como que se conmemora un hecho, trascendental para quien se buscó la perfección evangélica, y para la sociedad, porque recibió en su seno un colaborador infatigable de la civilización, un propagandista de la fé cristiana y un batallador invencible que ha derramado con el brillo de su elocuente palabra, enseñanzas morales que darán frutos sazonados para el bienestar social.

Hoy traemos á la memoria el holocausto hecho en aras de la más santa de las misiones del hombre sobre la tierra y del más noble de los fines; y por nuestra memoria pasan en mística procesión, los cristianos de los primeros tiempos del evangelio, perseguidos y sacrificados; y se nos presentan los descalzos misioneros que llenos de privaciones buscaron en toda la extensión de la tierra, ya fuera en América, en Asia ó en el Africa y la India, al ser racional, vivificado por la luz intuitiva de su grandeza, en cuyas almas depositaron el fuego sacro de la doctrina nueva anunciada al mundo desde un madero infamante. Hoy leemos el catálogo que escribió la abnegación con sangre de mártires en el libro inmortal de la historia de las misiones; y pasan en ascención arrebatadora las figuras grandiosas de la predicación religiosa, desde S. Pablo el sabio, hasta el humilde Padre Damián; pero mañana será otro acontecimiento el que nos reuna, más sencillo, quizás enteramente privado, y,

entonces como ahora, tendremos los discípulos del Ilmo. Señor Silva el derecho de participar de sus satisfacciones, de celebrar sus regocijos; tendremos el derecho de alegrarnos; pero también estaremos de su lado, participando de sus dolores, en los días terribles de prueba que suele enviar el Creador de los mundos y de los hombres.

¡Y cómo nó!— Acaso no es conforme á la naturaleza moral que los miembros todos de una familia hagan comunes sus dichas y sus desgracias, con una solidaridad que la costumbre, la educación y los afectos más delicados consagran y sancionan?

¿Pues qué otra cosa hay, por las mismas leyes afectivas naturales, que esa misma solidaridad entre discípulos y maestros, cuando éstos y aquéllos constituyen una gran familia, la familia científica, casta, noble y excepcional por la generación espiritual de las ideas, las que producen afinidades indestructibles y afectos tan eternos y robustos como los que nacen de los vínculos de la sangre?

Pitágoras legó á sus discípulos el tesoro inmenso de su ciencia, creó con su enseñanza todo un sistema filosófico; pero al mismo tiempo les dejaba la rica doctrina monoteista que aprendió en el Egipto y bajo los terribles juramentos prestados al ser iniciado en los misterios de aquella ciencia oculta, sin que el temor de romper sus juramentos, ni mucho menos el peligro á que las revelaciones lo exponían, hubiera podido privarle del afecto grande por sus discípulos, para quienes no tuvo secreto científico alguno; porque aquella comunión de ideas estableció un maridaje estrechísimo que hizo que la personalidad del maestro se perpetuara en sus sucesores de escuela.

Sócrates, ese mártir sublime y abnegado de la Grecia, el proclamador franco de la existencia de un ser único que se compadecía tan poco con las reinantes doctrinas politeistas de su época, deja como girones de su alma las ideas que constituían su doctrina; enseña al absorto paganismo su desnudez y le muestra al Creador Supremo de todas las cosas, en todo el esplendor de sus grandes concepciones filosóficas; y el cincel de su doctrina muerde al duro bronce de la idolatría griega, la que le contesta con el brebage contenido en una copa, para cortar la más cara de las existencias de los filósofos de la antigüedad.

El mártir sublime se halla en el trance durísimo á que lo condenara el fanatismo pagano, rodeado de sus discípulos; y entonces, ante esa dicha suprema, sonríe ante la muerte, la ve llegar sereno y tranquilo, trasluce las esferas de luz más allá de la obscuridad de la fosa que la ingratitud de los hombres le cavará, el veneno le parece una bebida deliciosa en el banquete de la vida que llegaba al trasponer los umbrales del sepulcro; y la inmortalidad se presentaba en todo su magnífico esplendor á los ojos abiertos del filósofo, á esos ojos que veían en el porvenir insondable del más allá, como el águila caudal ve los más pequeños objetos desde la inmensa altura en que se cierne, al atravesar la inmensidad del espacio; mientras que lloraban los que le acompañaban,

Sócrates sondeaba la eternidad, el vacío no le arredraba, si tenía junto á él á los que amaba, á su segunda persona, á sus creaciones en la doctrina y en el saber; y es que los citaba para mejores tiempos, señalándoles el reloj de la eternidad cuyos momentos se aproximaron en la copa fatal. Y es que estaba robustecido con la presencia de quienes formaron su familia predilecta, estaban unidos por la inteligencia y no moría el que seguía viviendo en sus corazones y en sus almas modeladas para la ciencia y para la virtud; y Sócrates tiene como consuelo supremo en el trance más duro de la vida, cuando va á apurar la cicuta que había de segar aquella existencia tan cara para las letras griegas, el estar rodeado de sus discípulos que lloraban las iniquidades de los hombres y los estragos de la ignorancia, mientras el maestro entreveía por las rejas de la cárcel de su cuerpo, todas las grandezas de la inmortalidad y los espacios infinitos de la verdad que había confesado y reconocido; esa verdad que le quería dar eterno abrazo en los campos del infinito al Supremo Ser que sintió llenándolo todo como llena el eter sus espacios siderales.

El alma gigante del filósofo se bañaba en las lágrimas de sus discípulos que le rodeaban llenos de dolor, mientras él les daba la cita precisa en el reloj de la eternidad, para fundir sus inteligencias en el inmenso crisol que calienta el astro que llamamos Dios.

Ahí, á la muerte de Sócrates, se nos ofrece el cuadro más patético que haya dejado la historia; porque ese cuadro lo trazaron los pinceles que llevan los colores radiosos y sublimes de los afectos nacidos por los vínculos de la inteligencia y del corazón.

El divino Platón formó esa falange poderosa que dió ser y nombre á la escuela más reputada de la antigüedad, y la obra acometida por un solo hombre la continuaron las sucesivas generaciones que recibieron de la doctrina del maestro el germen fecundo de un sistema filosófico que disputó á todos los sabios el imperio del mundo científico.

Y lo que decimos de los filósofos decimos de los juristas y de los hombres de arte. Llena está la historia de ejemplos de abnegación empleada en ese espiritual parentesco que acerca á los hombres y los identifica. En los siglos medios, en que la rudeza de costumbres y la barbarie derramada del Norte obscurecieron toda cultura, fué el vínculo creado entre discípulos y maestros lo que dulcificó la barbarie de la época, pues mientras que los monges impartían una enseñanza útil á nobles y señores de horca y cuchillo, se conseguía que aquellos salvajes domeñaran sus instintos feroces y dieran oído á las doctrinas de paz y de mansedumbre de los discípulos de Cristo.

Tintoreto, el mimado de la inspiración fué discípulo del Ticiano, y éste llegó á sentir celos y egoismo del genio de su émulo; pero aquel arranque de hombre no era el sentimiento del maestro; pues desechó idea tan innoble que había ejecutado echando de su taller al que veía con envidia, y el mismo Ticiano fué quien dió á conocer y á celebrar á Tintoreto en

el mundo del arte, introduciéndolo al escenario de la vida de un artista de mérito, exhibiendo sus grandiosas creaciones llenas de verdad y de armonía pictóricas y abreviando el camino de la celebridad tan prematuramente alcanzada. Y es que el maestro se veía en la figura del discípulo, era como su segundo yo, la merecida honra del hijo de tal padre, un reflejo de su genio creador iluminando la materia prima de un cerebro que despertó al toque mágico de la enseñanza impartida por el genio, es que veía, como ven los maestros á sus discípulos, su propia obra, sus propias inspiraciones, los chispazos de su genio y la expansión de su personalidad.

A cuánta honra, señores, tenemos en referir nuestra ascendencia científica á eminentes personalidades que han dado lustre á su patria, honra á su Estado natal y provecho á sus semejantes. Mis compañeros de estudios y yo encontramos hoy la oportunidad de hacer mérito de cuanto de gratitud y reconocimiento tenemos, no sólo para el Ilmo. Sr. Silva, sino para toda esa generación de sabios en cuyas aulas oímos las lecciones provechosas de sus grandes conocimientos y bebimos del caudal por éllos acumulado, la savia que nos había de dar la vida social y profesional.

Vienen naturalmente á mis labios los nombres de los Dres. de la Rosa, López y Díaz Morales; de los eminentes letrados Mancilla, del Castillo, Terán, Alatorre, Garciadiego y López-Portillo; de los Gutiérrez Allende, Romero Gil y Reyes; de los Zavala y otros muchos de quienes hemos recibido instrucción, consideraciones y ese cariño noble y desinteresado que ata las voluntades y liga el destino de los hombres, muchas veces de manera que parece fatal.

A todos éstos que vemos como benefactores, séame lícito ahora hacerles presente el voto sincero de nuestro reconocimiento; ya que al celebrar en uno de nuestros maestros uno de los aniversarios más satisfactorios, recordamos con justicia cuánto debemos á aquéllos que nos han enseñado, que han puesto en nuestras manos el rico tesoro de una instrucción tan codiciada por nuestro espíritu como difícil de adquirir por nuestras solas fuerzas.

Nuestro modo de ser, de vivir, de obrar en sociedad, nuestra existencia para el trabajo honrado y productivo, cuanto somos, cuanto querramos ser, lo debemos á nuestros maestros, como dice Alejandro el Grande.

Hoy que es á propósito para las gratas reminiscencias, vengan á poblar nuestra imaginación los dulces recuerdos de nuestra vida de estudiantes; que se inflame nuestra imaginación con las ilusiones más bellas de aquel entonces y con los sueños color de rosa perseguidos á través de las hojas de nuestros libros de texto; que los juegos inocentes y las gratas satisfacciones del trabajo intelectual nos presten su hermoso boceto destacándose en el claro obscuro de nuestra vida pasada; que las privaciones alternen con los cálculos de gloria y de entusiasmo, las mi-

serias con las grandezas soñadas; y el porvenir con sus arreboles de grana y oro entrevisto después de diez años de lucha, acaudillados por los veteranos de la ciencia . . . . que venga todo ese cortejo heterogéneo y aparentemente disímbolo que conducía á un fin único y solo, á un objeto determinado: á hacernos hombres útiles á la sociedad; y en todo el cuadro se verá siempre, como la sombra que sigue al cuerpo, la figura respetable de nuestros maestros, como nuestra segunda Providencia, como el ángel custodio de nuestra vida. Para éllos deben ser ahora las efusiones de nuestra alma, para éllos mil votos de reconocimiento, para éllos se ha erigido en nuestros corazones el altar en que les debemos culto y veneración . . . .

Ilmo. Señor:

Hay grandezas del espíritu que no tienen traducción precisa en el humano lenguaje; hay símbolos que bosquejan grandes ideas que el alma penetra por intuición, asimilándose la belleza real de un modo inconsciente, y la verdad de manera expontánea. Sois el ungido del Señor, el apostol digno y cumplido y el Pastor amoroso y lleno de virtudes. Vuestra apología está condensada en veinticinco años de practicar el bien y lleváis en el saco de viaje para el destino eterno, inmensa provisión de aquellos dones que labran la inmortalidad de la gloria.

Sea esta conmemoración grata á vuestra alma y que el noble espíritu que ha sabido formar hombres para la virtud y el trabajo y corazones para los grandes afectos, vele siempre, como misteriosa divinidad, por el destino de sus hijos en la ciencia y beba por largos años con éllos, en el vaso en que se guarda la felicidad y la dicha.

Lic. Genaro B. Ramírez.